

Benjamín Domínguez

Joaquín-Armando Chacón

BENJAMÍN DOMÍNGUEZ, EL PINTOR

Toda la noche estuvo lloviendo sobre la ciudad desértica
en donde ibas a nacer

al final de aquel invierno,
en el principio de aquella primavera.

Los húngaros llegaron un día después.

Llegaron con su ruido de carretones,
tambores y flautas
y campanas y cuerdas de múltiples sonidos
para el festejo.

Llegaron los gitanos en carretones y máquinas extrañas
y bicicletas grandes y minúsculas y máscaras y telas luminosas,
y convirtieron esa calle de sol y polvo
en un maravilloso espectáculo,
donde danzaba el rojo con el amarillo y el azul con el verde y el dorado
para que al barajarse fueran colocándose las cartas adivinatorias
de tu futuro,

y comenzaras a comprender el poder de la alquimia
producida por los aceites, los barnices y los bálsamos
con los cuales unirías tiempos del ayer y del mañana
en un presente para siempre detenido entre lo sagrado y lo profano.

¿Quién te iba a decir entonces que las palabras mágicas
eran almáciga, cinabrio, sandárac, litargirio?

¿Quién te iba a decir entonces que los brocados de seda,
los marfiles, las telas y los objetos de plata
se iban a convertir en ángeles y máscaras y espejos
y animales prodigiosos entre líneas y sombras
y espacios y horizontes unidos a tus recuerdos,
donde hay mujeres que levitan y hombres
abandonados de su ropaje, pues en su piel tienen marcado
el mapa de sus presagios?

ANTE UN CUADRO DE BENJAMÍN DOMÍNGUEZ (LA GITANA DORMIDA)

Ella duerme.

Sueña en continentes lejanos,
en un mundo sin fronteras.

Ella sueña en el sueño de Benjamín Domínguez,
con colores envueltos en el mejor oro del mundo:
el de la creación soñada por los gitanos
con sorpresas y magias y piruetas.

Ella duerme
y allí las imágenes del sueño son más reales.

Ella sueña
y en el sueño habita el territorio de los imposibles.

LA MELANCOLÍA (CUADRO DE BENJAMÍN DOMÍNGUEZ)

Ella recostada,
los ojos cerrados, la posibilidad de una sonrisa quieta,
antebrazos descubiertos en el vestido azul arremangado,
un moño de rayas azules sobre la tibia seda de un rojizo breve,
el edredón amarillo encima, dominando el centro del espacio,
a pesar de la ligera tela admitiendo un viento ligero, y más abajo,
ya en los tobillos, el rojo púrpura y el azul de tarde límpida
sobre el blanco blanquísimo de un cubremesa con delicados tejidos
para resguardar una comunión y la jarra de plata
(inexistente,
porque la plata y el oro, la miel y la fruta,
el rocío y la dulzura, el principio y el fin
se encuentra recostada encima. Ojos cerrados.)

Ojos cerrados, la posibilidad de una sonrisa oculta,
para no alarmarse ante el vigilante que la espía aguardándola,
espalda tatuada de mareas y flores y olas de arena y recuerdos
del polvo, distante, antiguo, eterno,

productor engendrador
de dragones nunca vistos hasta que el sueño permanente y obligado
los dibuja en esa espalda

para cuidar el sueño de la moza dormida,
los ojos cerrados, la posibilidad de una sonrisa...
El guardián aguarda, vigila y protege.
No perturben su sueño: allí ocurren maravillas.

Melancolía.

Una palabra peligrosa, difícil, feroz,
así dijiste que dijo el entrañable
al mirar por primera vez ese cuadro.
Y por supuesto allí quedó el eco de esa voz en tono bajo
susurrando lentamente cada una de sus sílabas,

Melancolía.

Pronunciada como un antiguo recuerdo imborrable,
como un ruido de pasos que se alejan y se alejan
sin perder nunca su temblor ni su sabor a fruta
de otro tiempo, a paisaje continuamente en la retina,
olor a flores silvestres, a niños jugando en el atardecer
de un verano y una leve presión sobre las teclas blancas
de un piano.

Melancolía.

Lo distinto de la tristeza y sin embargo más tristeza
que la tristeza misma y aún algo más,
abandono precipitado de unos
días por venir y donde aún faltaba una palabra,
un gesto, una sonrisa, un abrazo.

Melancolía,

una palabra feroz, difícil, peligrosa...



Benjamín Domínguez